nio, divirtiéndose todo el año, bailando, cabalgando, cazando y entonando sin reparo las verdes canciones de los teatrillos. En sus momentos de mal humor, el jóven Camors habia cobrado aversion á aquellos amables modelitos de disipacion mundana y de frivolidad femenina; pero desde que habia cambiado su punto de vista, les hacia mas justicia.

—Las dos son —se decia, lindos animales, que obedecen á su instinto.

Las señoras Bacquiéere y Cuyp, aconsejadas por su madre, se esforzaban en hacer comprender al General todo lo que hay de dulce y sagrado en los goces de la familia y del hogar doméstico, animando extraordinariamente la casa, estropeando sus caballos, matando su casa y deshaciendo el piano. Pareciales, sin duda, que, una vez acostumbrado el General á aquellos goces y animacion, no podria prescindir de ellos, haciéndose indispensables las delicias de la intimidad. A estas habiles maniobras unian atenciones delicadas y familiares, muy á propósito para subyugar al anciano: sentábanse sobre sus rodillas como niñas, le tiraban del bigote, y le arreglaban á última moda el nudo militar de la corbata

La señora de la Roche Jugan deploraba

confidencialmente con el General la mala educacion de sus sobrinas, y la Baronesa, por su parte, no perdia ocasion de poner en relieve la nulidad impertinente y solapada del jóven conde Segismundo.

En medio de estos honrosos combates, despertaba poderosamente el interes de Camors, primero por su belleza y despues por su actitud, una persona que no tomaba parte en ellos. Era esta una huérfana que llevaba un gran nombre, pero muy pobre, cuya carga habian tenido que aceptar sus primas, las señoras de la Roche Jugan y Tonnelier, repartiendosela entre las dos. La señorita Carlota de Luc d'Estrelles pasaba seis meses en casa de la Condesa, y otros seis con la Baronesa. Tenia entonces veinticinco años, y era alta, rubia, con ojos de mirar profundo, algo hundidos bajo el arco prominente de cejas casi negras. Abundante cabellera rodeaba su frente triste y altiva. Vestia mal, ó mejor dicho, pobremente, no habiendo querido jamas aprovechar los desechos de sus primas; pero sus trajes de lana, hechos por su mano, la daban aspecto de estatua antigua. Sus primas Tonnelier la llamaban *la Diosa*; detestábanla, y ella las despreciaba. Pero el nombre que la daban le convenia maravillosamente. Cuando an-

daba parecia que bajaba de un pedestal· Su cabeza era algo pequeña, como la de las estatuas griegas, y su nariz parecia tallada por delicado ciencel en transparente marfil, teniendo tambien algo del aspecto extraño y casi adusto que se supone á las ninfas casadoras. Su voz era magnífica y cantaba con gusto, y á lo que podia juzgarse, poseia vivo sentimiento artístico; pero era mujer muy silenciosa, y habia necesidad de adivinar sus pensamientos. Muchas veces, antes de esta época, se preguntó Camors con curiosidad que pasaba en aquella alma reconcentrada. Movido por su generosidad natural, y al mismo tiempo por la admiracion, siempre se habia esforzado en tributar á aquella prima pobre los homenajes que hubiese rendido á una reina; pero ella se habia manifestado tan indiferentes á las atenciones del jóven, como á la opuesta conducta de sus involuntarias bienhechoras.

Su actitud en la quinta era extraña. Mas taciturna que nunca, distraida, reconcentrada, cual si meditase algun designio profundo, despertaba de pronto, abria los ojos, miraba aqui y allá, y los fijaba en Camors, que se estremecia.

Una tarte, encontrándose este en la biblioteca, llamaron suavemente á la puerta, y

entró la señorita de Luc d'Estrelles, que estaba muy pálida. El jóven se levantó con cierta extrañeza, y la saludó:

—Tengo que hablaros, primo, --dijo con su grave acento, ligeramente precipitado por efecto de visible emocion.

Camors la miró; le mostró un divan, y se sentó en una silla delante de ella.

—Primo,— continuó diciendo la jóven; no me conoceis; soy franca y animosa, y voy derechamente al asunto ¿Es verdad que estais arruinado?

—¿Por qué, señorita?

—Siempre habeis sido bueno para mi, y el único que lo ha sido. Os estoy agradecida, y hasta....

Detúvose, y rosados colores se extendieron por sus mejillas; en seguida movió la cabeza, sonriendo, como quien recobra con dificultad el valor.

—En fin,—prosiguió: estoy dispuesta á daros mi vida. Me juzgareis muy romántica....pero me he formado una imagen muy agradable de dos pobresas reunidas.... Creo.... estoy segura de que seria excelente esposa para un marido á quien amase.... Si teneis que abandonar la Francia, como me han dicho, os seguiria.... siendo en todas partes vuestra fiel y animosa com-

pañera.... Perdonad: una palabra aun, señor de Camors.... Mi proposicion sería vergonzosa si ocultase segunda intencion; pero no encierra ninguna.... Soy pobre... tengo seis mil reales de renta....Si sois mas rico que yo, nada he dicho, y no hay fuerzas en el mundo que me obligasen á daros mi mano.

Calló, y fijó en el jóven, con expresion de angustia y candor extraordinarios, sus grandes ojos llenos de fuego.

Reinó solemne pausa, y parecia que en aquel momento estaba suspendido terrible destino entre aquellos dos hermosos jóvenes, y que asi lo comprendian.

Al fin dijo Camors, con grave acento.

Señorita, imposible es que comprendais á que prueba acabais de someterme; pero he entrado en mi mismo, y nada he encontrado digno de vos. Hacedme el honor de creer que no se trata aqui de vuestra fortuna ni de la mia; pero he decidido no casarme jamas.

La jóven suspiró profundamente, y se levantó.

—Adios, primo,—le dijo.

—Esperad un momento, os lo ruego—dijo Camors, manteniéndola dulcemente en el divan.

La jóven se sentó, y Camors dió algunos pasos para calmar su agitacion; apoyándose despues en la mesa, enfrente de la jóven, dijo:

—Señorita Carlota, sois desgraciada, ¿verdad?

—Un poco,—contestó ella.

—No quiero decir en este momento.... sino siempre.

—Siempre.

—Mi tia de la Roche-Jugan os trata con dureza.

—Sin duda. Teme que seduzca á su hijo.... ¡Dios mio!

—Las Tonnelier os envidian, y su padre... os atormenta, ¿verdad?

—Indignamente,—dijo la jóven: y de sus ojos brotaron dos lágrimas como dos diamantes.

—Señorita Carlota, ¿que pensais de la religion de mi tia?

—¿Que quereis que piense de una religion que no da ninguna virtud ni quita ningun vicio?

—Segun eso, sois poco creyente.

—Se puede creer en Dios y en el Evangelio, sin creer en la religion de vuestra tia.

—Mi tia os impulsa á un convento.... ¿Porqué no entrais en él?

Amo la vida.

Camors la miró un momento en silencio, y en seguida añadió:

—Si, amais la vida, la luz, el pensamiento, las artes, el lujo y todo lo que es bello como vos.... Pues bien, Carlota; todo lo teneis bajo vuestra mano.... ¿Por que no lo cogeis?

La jóven quedó sorprendida y algo inquieta.

—¿Como? —preguntó?

—Si, como creo, teneis tanta fuerza de alma como belleza é inteligencia, podeis escapar para siempre á la miserable sujecion á que os ha sometido la suerte. Prodigiosamente dotada como lo estais, mañana podreis ser una gran artista, independiente, festejada, opulenta, adorada, dueña de Paris y del mundo.

—Y amante vuestra, ¿verdad? —dijo la extraña jóven.

—Perdonad, señorita Carlota....No os he supuesto ningun pensamiento equívoco cuando me habeis ofrecido compartir mi incierta pobreza.... y os ruego me dispenseis igual justicia en este momento. Mis principios en moral son muy amplios, pero soy

tan orgulloso como vos, y no voy á mi objeto por caminos tortuosos. Aunque os encuentro infinitamente bella y seductora, al aconsejaros, me dejo llevar por un sentimiento superior á todo interés personal. Vuestro movimiento simpático hacia mi, me ha impresionado, y queria manifestaros mi agradecimiento con los consejos de verdadera amistad.... Desde el momento en que me suponeis el honrado propósito de corromperos en provecho mio, me callo, señorita, y os devuelvo toda vuestra libertad.

—Continuad, caballero.

—¿Me escuchais con confianza?

—Si.

—Pues bien, señorita: habeis visto poco mundo, pero habeis visto lo bastante para juzgarlo y para saber el caso que debeis hacer de su estimacion. El mundo es vuestra familia y la mia; el señor Tonnelier, la señora Tonnelier, las señoritas Tonnelier, la señora de la Roche-Jugan, el jóven Sejismundo.... Pues bien, señorita Carlota: el dia en que seais una grande artista, rica, triunfante, idolatrada, bebiendo ampleamente en la copa de los goces de la vida, aquel dia, mi tio Tonnelier invocará seguramente la moral ultrajada, la señora Tonnelier se desmayará de pudor en los brazos de sus vie-